

humanos y sencillos, aquellos que caen directamente bajo la acción de los sentidos, están, como circundados de una luz sobrenatural y divina, cuya dificultad de expresión debe el artista forzosamente afrontar: pero esta dificultad sube de punto y se convierte en imposibilidad, a lo menos para las artes plásticas, cuando el asunto es totalmente espiritual y excelso y no tiene correspondencia ni contacto, ni relación siquiera con las formas sensibles. Estos asuntos son intrínsecamente más reales, porque tienen más grados de verdad y de bondad objetiva, pero, por lo mismo que escapan a toda concreta individuación fenoménica, no son receptibles en los vasos de la belleza física. Así tenemos los hondos misterios del pecado y de la Redención, de la Encarnación y de la Gracia, el escondido misterio de las divinas personas, de los atributos y de la propia esencia de Dios. Y las virtudes y los vicios se incluyen también y muy principalmente, y otros muchos más que a nuestra consideración ahora escapan.

La dificultad expresiva de tales asuntos intentó vencerla el Arte Cristiano y la viene venciendo desde la misma iglesia de las catacumbas, a través de toda la Edad Media, y aun dentro del mismo Renacimiento, empleando el emblema y el símbolo, como único medio expresivo de su ideal. Y

